

una *agonía*—según el sentido etimológico de la palabra, que es el de «lucha», «competición»—. Todos los textos incluidos en el libro que glosamos, especialmente el que da título a la obra, están destinados, de un modo u otro, a explicar el cristianismo como una contradicción viviente.

La agonía del cristianismo fué escrito «casi en fiebre» en París, a fines de 1924, durante su exilio, «en plena dictadura pretoriana y cesariana española». No puedo resistir mi deseo de transcribir al lector este párrafo: «Aquí no puedo contemplar la sierra, casi todo el año coronada de nieve, que en Salamanca apacienta las raíces de mi alma; ni el páramo, la estepa, que en Palencia, donde está el hogar de mi hijo mayor, aquietta mi alma; ni la mar sobre la que a diario veía nacer el sol en Fuerteventura. Este río mismo, el Sena, no es el Nervión de mi villa natal, Bilbao, donde se siente el pulso de la mar, el flujo y reflujo de sus mareas...» Esta obra reproduce gran parte de otra con título parecido: *Del sentimiento trágico en los hombres y en los pueblos*, pero «en forma más concreta, y, por más improvisada, más densa y más cálida... Lo que voy a exponer aquí, lector, es mi agonía, mi lucha por el cristianismo, la agonía del cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada momento de mi vida íntima». Como todos sus libros, éste nació de sus congojas religiosas. Si Unamuno fue algo, fue un grandioso espíritu religioso, aunque su religión no se adscribiera nunca a ningún credo o confesión.

La agonía del cristianismo tiene varios sentidos. Por una parte, Unamuno sintió en sí mismo la lucha entre el agnosticismo de su tiempo y la fe cristiana: «El cristianismo mata a la civilización occidental, a la vez que ésta a aquél. Y así viven, matándose.» Pero esta antinomia tiene su raíz en otra más profunda: «Esta revelación de Dios, este misterio, tenía que ser en adelante para ellos [para los cristianos] su historia. Y la historia es el progreso, es el cambio, y la revelación no puede progresar.»

El talante de Unamuno era trágico. Rehuía cualquier apaciguamiento o síntesis. «No me dejes descansar ni detenerme sino para tomar un ligerísimo huelgo en mi senda, Señor. No me dejes descansar. Visítame de continuo con los apretones de tu diestra, y estruja en ella a mi corazón hasta que suelte sangre. Porque yo sé, Señor, que cuando la conciencia descansa, que cuando la congoja nos deja, cuando no nos angustiamos mirando a lo lejos donde se pierde, en lontananza y bajo tu cielo, entre tinieblas, nuestro sendero, caemos en cobardía y mendiguez.»

En ésta, como en todas las obras de Unamuno, puede advertirse la hondura de su lenguaje. En él es muy frecuente la invención de

vocablos, derivándolos del latín y del griego, que conocía a la perfección. Así «noluntad» (del latino *nolo*, no querer), paralelo de «voluntad» (de *volo*, querer): el vocablo es de notable fuerza. Casi siempre recurre a la etimología de las palabras; fíjese el lector en cómo desentraña el sentido de la palabra «pordiosero»: «En España, el mendigo pide una limosna por amor de Dios, y cuando no se le da la limosna, se le contesta: «¡Perdone, por Dios, hermano!» Y como el mendigo pide por Dios, se le llama pordiosero. Y como el otro, el supuesto rico, le pide perdón por Dios, podría llamársele también pordiosero. Y por dioseros los dos.» (p. 63). El lenguaje de Unamuno es siempre entrañable, prístino, balbuciente, como si asistiéramos al nacimiento de las palabras, como si se nos descubriera su entraña.—ROMANO GARCÍA.

ANGEL GONZÁLEZ: *Tratado de urbanismo*. Col. «El Bardo». Barcelona, 1967.

La poesía social, caracterizada como movimiento literario definido, si bien cumplió un objetivo, adolecía de ciertos defectos que motivaron su desaparición en favor de otras inquietudes posteriores, distintas de aquélla ciertamente, pero vaciadas en su propio molde.

Comparto con el poeta Luis Feria (1) el criterio de que, debido a la escasa difusión que la poesía tiene, las posibilidades de inserción plena de la poesía social en el mundo y, consecuentemente, de su función en él, quedaron notablemente disminuidas. Lo mismo, dice Luis Feria, el prescindir de elementos esenciales como la muerte, el tiempo o el amor, fue nefasto para que se lograra ese pretendido acercamiento. Ahora bien, me parece imprescindible este movimiento poético, considerando lo social en sentido amplio, para la formación y toma de carácter de una inquietud poética como la presente.

Y digo esto por Angel González. Este esquema pasa a su haber de poeta de forma característica y peculiar. Angel González toma lo social analítica y críticamente, dándole su matiz, apuntándolo en sus resquebrajaduras esenciales.

Nacido en Oviedo en 1925, es uno de los de más edad entre los poetas jóvenes españoles. Su perspectiva histórica, por tanto, es algo más definida que en el resto de sus compañeros de generación. González, como la mayoría de ellos, es un poeta universitario: cursó De-

(1) Diario de Las Palmas. «Cartel de las Artes y las Letras». *Diálogo con la nueva poesía española: Luis Feria*. J. R. P. Las Palmas, 10 mayo 1967.

recho en la Universidad de Oviedo. También, como muchos, viaja por Europa.

Tiene publicados en la actualidad cinco libros de poesía (2) y ha obtenido un accésit del premio Adonais de 1955 y el premio «Antonio Machado» de 1962.

De lo que nos dicen estas notas podemos deducir que la conciencia de grupo, la conciencia generacional incluso, de estos poetas, dados a conocer en los años cincuenta, surge espontánea desde su propio condicionamiento vital y de sus peculiares circunstancias entre las cuales son de destacar la formación universitaria, su contacto con el mundo literario del continente (contacto directo, se entiende) y la obtención de unos premios característicos como pueda serlo el Adonais. No obsta esto, naturalmente, para que escritores muy interesantes de nuestra poesía actual dejen de caracterizarse por algunas de esas circunstancias. Apuntamos una línea general que puede ayudarnos a ir centrando sus peculiaridades como miembros que son de un momento poético preciso y definido. Lo cierto es que, en cualquiera de ellos, lo social no aparece ya como algo concebido *a priori* dentro de unos cánones fijos y —a veces— de unos tópicos que, sin duda, lo perjudicaron. Lo social ahora, aparte su concepción amplia, es también analizado y vertido en el poema de modo peculiar, de forma más personal, y particularmente elaborado en cada circunstancia. Sin embargo, su base de protesta, de acusación, a veces con ironía, a veces hasta con violencia, surge aquí y allí apenas nos fijemos con cierto detenimiento.

FRENTE A UN ÁSPERO MUNDO

Desde un primer contacto con la poesía de Angel González, destaca su dramatismo, su planteamiento desde y para el hombre; la presencia viva, y sensorial incluso, de éste, aupado por la ciega fe que el poeta deposita en él. El hombre se sitúa frente a un mundo cuyo áspero contacto siente muy cerca, y callada y firmemente va dando al traste con sus torcidas intenciones, aprovechando las mismas armas que lo cercan: la ironía, la violencia, el lenguaje simple pero contundente...

No existe, creo yo, un nivel especial de captación para la poesía de González. Lo popular es elemento importante en la valoración so-

(2) *Aspero mundo*. Col. Adonais. Madrid, 1956, 62 pp. *Sin esperanza, con convencimiento*. Col. Colliure. Barcelona, 1961, 71 pp. *Grado elemental*. Col. Ruedo Ibérico. París, 1962. *Palabra sobre palabra*. Col. Poesía para todos. Madrid, 1965, 26 pp. *Tratado de urbanismo*. Col. El Bardo. Barcelona, 1967, 74 pp.

cial de su escritura; no sólo en la forma de cancioncilla popular que toma a veces, sino en su interés señaladísimo por plantear temas, situaciones, lugares y tiempos que todos conocemos y vivimos y, además, acercarnos sensorialmente a ellos. De ahí su constante y abundosa adjetivación, su deseo de calificación precisa:

*A veces tropieza
de improviso
contra otro cuerpo inevitable.
Y es el amor.*

*Jamás pudo
ser de otra forma, compacto
y duro,
este—perfecto en su cadencia—
mundo.*

dice en su primer libro, que va a ser el punto de partida de todo un conjunto poético ulterior. En este contacto, físico y síquico a la vez, reside la contundente fuerza social de la poesía de Angel González: el reconocimiento empírico de la aspereza del mundo, de su acuciante presencia.

Pero hasta aquí sólo hay un ángulo nuevo desde el que se plantea un mismo tema ya conocido. Lo verdaderamente original está en la inserción de esos nuevos elementos a los que al principio aludíamos. En Angel González toma importancia meridiana esa trilogía, *amor, tiempo, muerte*.

Es a través de ella que se desenvolverá toda su temática esencial. La estructura ideológica de nuestro poeta se desarrolla paulatinamente en estos tres caminos, formando un solo—y sólido—bloque de actuación. Por ello, insisto, su primer libro encierra la clave de su obra posterior. Que ésta va a ser la recreación, el desarrollo y la ulterior plenitud de esa temática base, ya deslindada y definida en aquel *Aspero mundo* de 1955.

Sin esperanza, con convencimiento, primero, y *Tratado de urbanismo*, su última y reciente obra, luego, definen y concluyen el camino trazado por Angel González en aquel libro primero. Desde la misma estructura y división del volumen, hasta el contenido de cada una de sus partes, sin olvidar el tratamiento épico-histórico que se da a la narración poética. Y, como ejemplo, intentemos unas calas en esas líneas que se me aparecen fundamentales dentro de su quehacer poético.

Amor. Hay una situación agobiante que cierra el paso al desarrollo del amor en este mundo inhóspito. Descubierta la causa, la hipo-

cresía, el cinismo, la apariencia falsa, González inicia la lucha en su primer libro. «Todos ustedes parecen felices...», se titula el poema:

*... y sonrien, a veces, cuando hablan.
Y se dicen, incluso,
palabras
de amor. Pero
se aman
de dos en dos
para
odiar de mil
en mil.*

Aunque su segundo libro se aparta un poco —necesariamente— de la estructura general de su obra, también deja algunos jalones de orientación, algunos respiraderos por donde surge su preocupación. Así el poema que titula «De dos palabras nítidas ahora»:

*Destruirse o amar... ¿Qué significa
esa cruel disyuntiva o amenaza,
ese pavor cuyo final aplaza
la incertidumbre?...*

Para acabar y redondear la idea con compleja explicitación, en su último libro, el largo y revelador poema «Lecciones de buen amor».

Tiempo. Lo existencial, el momento histórico de Angel González no está solamente considerado desde el punto de vista épico, como pueden mostrarnos los primeros poemas de *Aspero mundo*, «Para que yo me llame Angel González» o «Aquí, Madrid, mil novecientos», sino que su misma idea de tiempo se ahonda, se hace metafísica, se complica también, cargándose de otros grados de valoración. En *Sin esperanza, con convencimiento*:

*Te llaman porvenir
porque no vienes nunca.
Te llaman: porvenir,
y esperan que tú llegues
como un animal manso
a comer en su mano.*

Pero su verdadera idea del tiempo es la del acabamiento, la del día finalizado, la de la semana y el año muriendo sin siquiera sentirse. Dice en *Tratado de urbanismo*:

*A última hora había pasado un día,
y al sentirlo hecho sombra, y polvo, y nada,*
.....